

LA MARCHA DE LOS DIAS

Por Ana María Garrido



Si los pasos supieran
que el camino se esfuma
detrás del horizonte
no habría persuasión para el olvido
ni lámpara encendida
en el desván
del tiempo receloso.

La noche no se nutre
del viento y sus corolas,
sus pétalos incautos,
los erizados peces
de su cielo infinito.

No remontes tus voces
como el velamen roto
de tu fantasma errante,
como buque perdido
en las aguas voraces
de tu miedo más hondo.

La soledad condensa
la bruma pesarosa
de tus ojos salobres.

Si la luz te redime
¿para qué delegar tus cicatrices,
la faena de tus seres ocultos,
la retina azarosa de tu música
en las manos del mundo?

Sólo el amor expía
la marcha de los días.

LAS ESPORAS DEL CANTO

Son infinitas
las esporas del canto,

el buril
con que cincela el viento
el metal
sinuoso de la tarde,
la urdimbre prodigiosa
de los rayos de sol
que demoran
su trama dorada
en los balcones
ofrendados al aire.

Dios sabe por qué canto,
por qué levanto
el cáliz de la luz
como ofrenda fragante,
por qué ciñen mis manos
el alma de la rosa
y talan el tronco de la lluvia
con olor a patíbulo.

Es abrupto el ocaso
con su aliento
de algarrobo desnudo
que exhibe su ramaje,
su adusta cornamenta
en las abras del cielo.

Dios sabe por qué callo
mi voz de profecía,
de péndulo,
de oboe,
de laúd penitente
que pide que lo absuelvan
de los males del mundo.

En los inhóspitos
dominios de los sueños,
los mercaderes
que venden
la seda de la noche,
la plata silenciosa de la luna,
me reconcilian
con la piel del otoño
que se llena de labios,
rumorosos amantes del rocío.

Dios sabe por qué abro
mis ventanas al frío
de la mañana unánime,
ubérrima,

radiante
como si no pudiera
ser de otra forma el cielo,
como si no tuviéramos
otra luz que nos salve
cercados por la muerte,
grave cofre cerrado.

COMO UN CIRIO EN EL VIENTO

La lluvia se amontona pertinaz
en charcas infinitas
y las calles del barrio
semejan azorados campos de batalla
minados por fragmentos
de cristales incautos.

Esto que nace y brilla
en la noche
de párpados desnudos
no tiene relación con la memoria
del tiempo clausurado
ni con los faroles mortecinos
que crisan
las siluetas de los álamos.

No fue milagro el humo
sino su propia sombra
serpenteando entre nubes
y en tus ojos recónditos
que me miran distantes.

Las horas se consumen
como un cirio en el viento.